

POR
**Leyre
Iglesias**

Una promesa feminista sonó en el comunicado de disolución de ETA que José Antonio Urrutikoetxea leyó desde un lugar desconocido el 3 de mayo de 2018: «Los y las ex militantes de ETA continuarán con la lucha por una Euskal Herria reunificada, independiente, euskaldún y no patriarcal».

De lo que *Josu Ternera* no habló entonces fue de las mujeres que murieron asesinadas por la organización que él lideró. Los investigadores sobre terrorismo y los especialistas en estudios de género tampoco han prestado especial atención a este colectivo de víctimas. Un reciente informe, firmado por el historiador Pablo García Varela, ha situado el foco en ellas por primera vez: 58 mujeres murieron a manos de ETA y sus grupos afines entre 1974 y 2002. Carmen Tagle, la valiente fiscal que se enfrentó a Ternera, fue la número 43.

Cuando apenas había mujeres con despacho en la Audiencia Nacional, ahí estaba Tagle. Fiscal del juzgado número 5, imparable con ETA pero muy crítica también con los GAL, el 16 de mayo de 1989 viajó a París para interrogar, junto al juez Baltasar Garzón y al comisario Pedro Díaz-Pintado, a tres dirigentes de ETA. Uno de ellos era *Josu Ternera*. Aquella reunión, según confesaría después uno de sus asesinos, Henri Parot, empujó a los terroristas a matarla. Porque Tagle —a la que en ETA llamaban *la Dama de hierro*— mantuvo un tenso rifirrafe con el etarra.

UNA MIRADA GÉLIDA
«*Josu Ternera* dijo que cuando le habláramos de las torturas en Intxaurren, él declararía. Carmen no oyó bien y le preguntó a Pintado qué había dicho *Ternera*. Cuando Pintado se lo dijo, ella soltó: “Valiente hijo de puta”. Probablemente *Ternera* lo oyó, porque miró a Carmen con odio», ha relatado Garzón.

Otra versión la cuenta el periodista Florencio Domínguez en su libro *Josu Ternera: una vida dentro de ETA*: coinciden el comentario de la fiscal y la mirada gélida del terrorista, aunque según Domínguez se produjeron después de que *Ternera* se ne-

gara a reconocer la jurisdicción española. «Esta mujer trae firmada su sentencia de muerte», dijo el comisario Díaz-Pintado a su regreso a la Audiencia Nacional. Cuatro meses después, la pionera fiscal fue asesinada a tiros cuando con su Renault 12 llegaba al garaje de su casa en Madrid.

El mismo hombre que ordenó matar a Carmen Tagle —Francisco Mujika Garmendia, *Pakito*— había hecho lo propio un año antes con otra mujer: Dolores González Catarain, *Yoyes*. La antigua dirigente de ETA se había separado de la banda, había tenido un hijo y había rehecho su vida. Pa-

ra la banda, era una traidora. Según García Varela, con ella ETA practicó *el o mía o de nadie*. Una amiga suya, Elixabete Garmendia, ha dicho hace poco: «ETA actuó con la lógica de *la maté porque era mía*. La organización, de hombres, tuvo esa sensación de marido abandonado. Y ella actuó

con una lógica que yo identifico como femenina».

Con la cifra de 58 asesinadas, la presencia de las mujeres es escasa entre las más de 800 víctimas mortales de la organización. En «Las mujeres víctimas de ETA y grupos afines», publicado en el último número de la *Revista de Historia Actual*, García Varela explica que la razón clave estriba en que la víctima predilecta de la banda eran los militares y las fuerzas de seguridad del Estado, cuerpos en los que las mujeres apenas estaban presentes.

**IRENE, MARÍA JOSÉ
Y ANA ISABEL**

La excepción la protagonizan tres agentes: la inspectora de la Policía Nacional María José García Sánchez (asesinada en 1981 en Zarauz cuando acudió a desarticular el comando Goierri), la guardia civil Irene Fernández Pereda (víctima de una bomba lapa en Sallent de Gállego en el año 2000) y la ertzaina Ana Isabel Arostegi Legarreta (tiroteada por la espalda un año después mientras regulaba el tráfico en Beasáin).

El resto de las asesinadas, según los datos recopilados por el historiador, eran amas de casa (13), estudiantes (cuatro), maestras (tres), empresarias (otras tres)... La banda también mató a una telefonista, a una limpiadora, a una panadera...

Sólo ocho, como Tagle y *Yoyes*, fueron objetivo directo de la banda. La mayoría fueron civiles que murieron en los atentados indiscriminados más salvajes (contra la Cafetería Rolando en 1974 y contra Hipercor y la casa cuartel de Zaragoza en 1987). Su retrato resulta escalofriante: 29 eran madres, tres estaban embarazadas y 14 no habían cumplido la mayoría de edad.

¿Por qué las mató una banda que se ha autoproclamado feminista en su adiós? A menudo, su delito fue relacionarse con agentes del orden. Siete eran esposas de un policía o un guardia civil. Como María Dolores Ledo García, asesinada junto a su marido el 4 de mayo de 1983 en un garaje de Bilbao sólo porque se encontraba con él cuando fueron a tirotear. Los terroristas la retiraron en el suelo a pesar de su avanzado estado de gestación. Víctimas como ella estaban justificadas a ojos de ETA:

totalmente despersonalizadas, bastaba con acompañar a un agente para que su asesinato tuviera sentido.

A Conrada Muñoz Herrera le bastó ser madre de un funcionario de prisiones y abrir el paquete bomba que iba dirigido a él. A Maudilia Duque Durán, ser la suegra de un guardia civil que falleció con ella en la masacre de Vic. En su comunicado posterior, ETA argumentó que las familias servían de escudo de los guardias civiles en el denominado conflicto vasco.

Ya en la etapa de «socialización del sufrimiento», y pese a sus gritos de auxilio, ETA mató a Ascensión García Ortiz junto a su marido, el concejal popular de Sevilla Alberto Jiménez-Becerril. En el atentado contra José María Aznar quedó gravemente herida otra mujer, Margarita González Mansilla, una ama de casa extremeña de 73 años que estaba en su casa cuando le afectó la explosión de la bomba lapa contra el líder de la oposición. A Margarita la ingresaron en el hospital y murió tres meses después.

La asesinada de mayor edad se llamaba Carmen Pascual Carrillo y tenía 79 años. La onda expansiva de un coche bomba la alcanzó en Madrid cuando volvía de celebrar las bodas de plata de su sobrino. Las más pequeñas apenas superaban los tres años. Se llamaban Miriam y Esther Barreda Alcaraz, eran gemelas y perdieron la vida en medio de los escombros de la casa cuartel de Zaragoza, un salvaje atentado presuntamente ordenado por *Ternera*.

También murieron chicas adolescentes, como María del Coro Villamudría Sánchez, de 17 años. Falleció casi al instante cuando una bomba lapa estalló en el coche de su padre. ETA argumentó que el hecho de que la chica quisiera ser policía nacional como él la convertía en objetivo justificado, según ha podido comprobar el historiador, autor del reciente libro *ETA y la conspiración de la heroína* (Catarata).

La banda terrorista ha dejado de matar. Cometiéndolo su último asesinato en marzo de 2010. Sus acólitos continúan la «lucha» sólo por las vías políticas. Pero ni Carmen Tagle, ni *Yoyes* ni la joven María del Coro tendrán nunca un lugar en la Euskal Herria «no patriarcal» que sus asesinos dicen construir.



La fiscal Carmen Tagle, con su sobrino, en agosto de 1989. ALBUM FAMILIAR

Así asesinaron a la fiscal que se encaró a Ternera

**Y LAS OTRAS
57 MUJERES
ASESINADAS
POR ETA**

El etarra promete seguir “luchando” por una Euskal Herria “no patriarcal”, pero la banda que dirigió mató a 44 mujeres y 14 niñas. Veintinueve eran madres y otras tres estaban embarazadas. Trece eran amas de casa; cuatro, estudiantes... Y ocho de ellas, objetivo directo de la banda, como Carmen Tagle, la fiscal que le interrogó en París. Una investigación traza sus perfiles por primera vez